

Gregorio Taumaturgo

**DISCURSO DE AGRADECIMIENTO  
A ORÍGENES**

## 1. *Vacilaciones para hablar*

1. Buena cosa es el silencio para la mayoría, en determinadas circunstancias; no obstante, para mí es ahora lo mejor, puesto que, voluntariamente o no, me encuentro amordazado y obligado a callar. 2. Efectivamente, no estoy preparado y soy un inexperto en esos elegantes y bien preparados<sup>2</sup> discursos, que se leen o componen con expresiones escogidas y términos versados, libremente expuestos. Puede suceder que no esté bien dotado por la naturaleza, para realizar algo lúcido y esmerado, tarea realmente helénica<sup>3</sup>. 3. Además, hace ya ocho años que no he pronunciado, ni he escrito en absoluto discurso alguno, ni grande ni pequeño; tampoco he escuchado personalmente discurso de algún otro escritor y orador, ni panegírico ni disputa presentados públicamente, excepto los de esos maravillosos hombres que se han dedicado a la noble filosofía<sup>4</sup>. 4. Y, en verdad, que, teniendo en

poco tanto la elocuencia como la buena apariencia de los términos, y posponiendo a un segundo lugar las dicciones, se esfuerzan en examinar la realidad<sup>5</sup> misma, como es en sí, y luego la dan a conocer con todo rigor<sup>6</sup>. 5. Y no es que no quieran, me parece, o prefieran excasamente expresar los pensamientos nobles y rectos, en bello y bien compuesto discurso; todo lo contrario, no son capaces de abarcar al mismo tiempo, y con la misma fuerza, pequeña y humana, la virtualidad sagrada y divina del pensamiento<sup>7</sup>, y a la vez el discurso elegante respecto a la dicción: privilegio característico de dos hombres diversos y, en cierta medida, muy opuestos. 6. Porque si es cierto que se dice que el silencio es de alguna manera compañero y colaborador de la reflexión y de la investigación, la elegancia y sonoridad<sup>8</sup> del discurso no han

de ser buscadas sino en la dicción misma y en su ejercicio<sup>9</sup>.

7. Y también otro aprendizaje aflige en buena parte mi espíritu y me enreda la lengua en la boca<sup>10</sup>, al pretender decir lo más mínimo en griego: en efecto, nuestras leyes, por las que se gobiernan los negocios de todos los hombres que actualmente se encuentran bajo el dominio romano no están compuestas<sup>11</sup>, ni se aprenden sin esfuerzo. Estas leyes, pues, son sabias y precisas, abundantes y excelentes y, en una palabra, muy helénicas: sin embargo, son expuestas y enseñadas<sup>12</sup> en un latín, ciertamente admirable, grandioso y en total consonancia con la majestad del imperio, pero, por ello mismo, difícil para mí. 8. No me sería posible, por tanto, hablar de otra manera, aunque alguna vez yo me lo propusiera. No obstante, ya que nuestras expresiones no son otra cosa que

imágenes de lo que nuestra alma experimenta, hemos de reconocer a los que son capaces de hablar, no sólo como a unos buenos pintores y dueños de la técnica más depurada, sino también ricos en la profusión de colores, que pueden pintar sin dificultad alguna tanto cuadros uniformes como policromados, y muy bellos por la diversidad de sus colores<sup>13</sup>.

## 2. *Agradecimiento a Dios por el encuentro con Orígenes*

Nosotros, en cambio, como pobres que somos, desconocemos la preparación de los tintes, bien porque nunca los hayamos poseído, bien porque quizá los hayamos perdido: así, pues, nosotros, como quien pinta con carbón o arcilla<sup>14</sup>, es decir, con términos y expresiones vulgares, como son nuestras costumbres, hemos de imitar, según nuestra capacidad, los modelos primeros de los accidentes de nuestra alma, esbozándolos con nuestras vulgares palabras, e intentando reproducir las imágenes de las impresiones anímicas, sino de una forma clara y adornada, al menos como con pintura de carbón<sup>15</sup>. Y si se

presenta algo de buen ver y elocuente, lo acogeremos de buen grado, una vez que también lo hayamos examinado a fondo.

9. Existe también, finalmente, un tercer motivo que nos dificulta y detiene mucho más que los otros, y sencillamente nos obliga a guardar silencio: se trata del argumento mismo por el que nos hemos decidido a hablar ya de antemano. No obstante, dudo y tengo mis temores. 10. Efectivamente, tengo intención de decir alguna cosa acerca de un hombre que se muestra y tiene la apariencia de hombre, pero que realmente se encuentra, para quienes saben juzgar bien, despojado de su condición humana en virtud de una mayor dignidad que da a entender el tránsito a lo divino<sup>16</sup>. 11. En realidad, no vengo a ensalzar su origen, ni el vigor o la hermosura de su cuerpo; es por esto por lo que me retraso y doy largas con desmedida preocupación. Esas cualidades son encomios de adolescentes, quienes, teniendo una capacidad reflexiva inferior, no hablan conforme a los merecimientos. 12. Jamás nos propondremos hablar con aparente solemnidad y con aspecto de cierto decoro<sup>17</sup> sobre cosas

inestables e inconsistentes, que fenecen rápidamente y de mil maneras; ni siquiera hablaríamos pausadamente, para que no se dijera que lo hacemos de forma estéril y frívola. En verdad, nunca nos propondremos hablar involuntariamente de lo inservible, vacío e inútil. Sin embargo, en caso de proponérmelo, el discurso no estaría falto de interés y cuidado, al objeto de que no pareciéramos hablar, en modo alguno, por debajo de lo que conviene.

13. Pero, ahora deseo recordar lo que hay de más divino en este hombre, lo que por naturaleza se asemeja en él a Dios, encerrado bajo la apariencia humana, y, sin embargo, que tiende con violencia por asemejarse a Dios<sup>18</sup>. Tengo, pues, intención de detenerme en las cosas más importantes que recuerdo de él, y así dar gracias a la divinidad por haberme ofrecido el encuentro con este hombre, contra toda sospecha humana, mía o ajena, jamás imaginada ni esperada. Pienso decir alguna cosa, pero siendo yo totalmente insignificante y corto de inteligencia, ¿cómo no he de retraerme razonablemente, tener miedo y guardar silencio de buen grado?

14. Me parece, por tanto, cosa segura el callar: no sea que bajo el pretexto del agradecimiento, pero de forma temeraria en realidad, diga algo innoble, despreciable y vulgar sobre cosas sagradas y venerables, y no sólo no vaya al encuentro de la verdad, sino que también por mi culpa desvirtúe la que otros piensan tener. En efecto, un discurso débil, al resumir su descripción, más bien ofende a la realidad que la acerca con su fuerza. 15. Es verdad, querida cabeza<sup>19</sup>, que tus cosas no pueden sufrir detracción u ofensa alguna, y mucho menos las cosas divinas, que siendo como son, permanecen inalterables y no sufren daño por nuestras insignificantes e indignas palabras. 16. Sin embargo, no sé cómo evitar la vanagloria de la audacia y de la temeridad, al lanzarme neciamente, con escaso ingenio y preparación, a empresas que igualmente nos exceden. 17. Y si en otro lugar y delante de otras personas hubiéramos intentado esos alardes juveniles, aún así habríamos sido unos confiados y atrevidos; pero no se acusará de desvergüenza, nuestra temeridad de decir estas cosas delante de ti. 18. No obstante, ahora colmaremos toda insensatez, si no la hemos colmado ya, al atrevernos a entrar con los pies sucios<sup>20</sup> —como suele decirse— en oídos en los que viene a caminar de forma



clara y evidente la palabra misma de Dios, y no con pies recubiertos, como sucede en la mayoría de los hombres, por unas gruesas pieles, que son las dicciones enigmáticas y oscuras, sino con los pies, como si dijéramos, desnudos. En cambio, nosotros con nuestros discursos humanos, nos atrevemos a verter<sup>21</sup> suciedad y fango en oídos acostumbrados a escuchar voces puras y divinas. 19. ¿No será, pues, suficiente haber pecado hasta aquí, o, al menos ahora, no será preciso comenzar a ser inteligente, no proseguir más el discurso y acabarlo? Ciertamente, lo deseáramos. 20. Pero, una vez que nos hemos decidido, séanos permitido explicar en primer lugar la razón por la que hemos podido afrontar este empeño, por si se nos concediera, de algún modo, el perdón por tal temeridad.

### 3. *Conveniencia de la gratitud a los benefactores*

21. La ingratitud me parece cosa ruin, indigna y horrible<sup>22</sup>. 22. En efecto, quien ha recibido un beneficio y al menos no intenta agradecerlo con unas palabras siquiera, o es enteramente insensato o insensible a los favores, o es un desmemoriado. 23. No obstante, el que se da cuenta y reconoce enseguida los beneficios recibidos, si no guarda el recuerdo para más adelante o no lo agradece de alguna manera al autor de dicho beneficio, ese tal es un insensible, un desagradecido y un impío: faltas imperdonables en todo hombre, sea grande o pequeño. 24. Si es grande y de gran inteligencia, por no llevar en la boca los grandes beneficios recibidos con todo el agradecimien-

to y estima. Por el contrario, si es pequeño y despreciable, por no celebrar y alabar con toda su fuerza al bienhechor de grandes como de pequeños. 25. En verdad que es necesario que quienes son más importantes y están mejor dotados espiritualmente, al igual que quienes disponen de mayor abundancia y riqueza de bienes, correspondan a los bienhechores, y según sus posibilidades, con mayores y más honrosos elogios. 26. De la misma forma conviene que los pequeños y los que se encuentran en la miseria no sean descuidados y negligentes, y no se dejen abatir por no poder aportar cosa digna o perfecta. 27. Al contrario, como indigentes ciertamente, pero a la vez generosos que son, y midiendo no las posibilidades del que es honrado sino las propias, ofrézcanle los mejores y más deseados honores, según la capacidad del momento; y si, a la vez, se ofrecieren con la mejor buena voluntad y total reconocimiento, no serán tenidos por el bienhechor en menos que los honores grandes y abundantes. 28. Así, se cuenta en los libros sagrados<sup>23</sup> que una mujer humilde y pobre, que junto a hombres ricos y poderosos que ofrecían grandes y generosas limosnas, conforme a su riqueza, ella echaba únicamente limosnas pequeñas y excesivamente insignificantes, pero era todo lo que tenía; por ello recibió un testimonio de mayor alabanza. Así, pues, presiento que la sagrada Palabra<sup>24</sup> no tuvo en cuenta la distinción y la magnitud del regalo por la cantidad material, que es algo externo<sup>25</sup>, sino por los sentimientos e

intenciones de los oferentes. 29. De la misma manera, tampoco a nosotros nos está permitido desalentarnos del todo, por miedo a que el agradecimiento no corra parejo con los beneficios recibidos; todo lo contrario, hay que tener valor para intentar ofrecer en correspondencia, si no los honores más idóneos, sí al menos lo mejor que podamos. De esta forma, aunque nuestro discurso diste mucho de la perfección, por lo menos se acercará en parte<sup>26</sup>, y, así, escapará totalmente a la reputación de ingrato. 30. Verdaderamente el silencio absoluto es funesto, bajo la excusa aparentemente plausible de no poder decir algo digno. No obstante, tratar de responder a los beneficios recibidos es siempre prueba de gratitud, aunque la capacidad de quien dé las gracias sea más pequeña en méritos. Así, pues, no me voy a callar, aunque no sea capaz de hablar dignamente; por el contrario, me enorgulleceré, si comprendo lo que está a mi alcance.

31. Sea, ya, este mi discurso de agradecimiento. En verdad, no pretendo dirigirme al Dios del universo; pero, puesto que Él es el principio de todos nuestros bienes, es necesario que comencemos por Él nuestras acciones de gracias, himnos y alabanzas. 32. Por otra parte, aunque yo me diera totalmente, no como ahora soy: profano, impuro, mezclado y empapado de horrible e inmundicia; sino que me diera totalmente diáfano y dotado de mayor limpieza y brillantez y sinceridad, y sin mezcla de mal alguno. Aunque me ofreciera, repito, totalmente des-

nudo, como un recién nacido, ni aún así sería capaz de presentar, por mí mismo, algo digno de honor y recompensa al que es Señor y Autor de todo; 33. al que jamás podrían alabar dignamente ni cada hombre particular, ni todos en conjunto como si todas las cosas puras se fundieran en una sola, se salieran de sí mismas y luego se dirigieran a Él, unidas por un único espíritu e impulso armónico. 34. Pues lo mejor y más completo que dispone una de sus criaturas para ofrecerle en acción de gracias, si fuera posible, es hablar lo más dignamente que puede; de cuya capacidad, que no recibe de ningún otro sino de Él mismo, está adornado; nada hay, pues, mejor que el deseo de procurar ofrecerle una acción de gracias.

#### 4. *La intercesión del Verbo*

35. Efectivamente, nuestros himnos y alabanzas dirigidos al rey<sup>27</sup> y protector de todo, fuente eterna de todos los bienes<sup>28</sup>, se los encomendaremos igualmente al que cuida nuestra debilidad<sup>29</sup> y al único que puede colmar nuestra necesidad, al defensor y salvador de nuestras almas<sup>30</sup>: a su Verbo primogénito, artífice y gobernador del universo. 36. Sólo Él puede dar gracias continuas e incesantes al Padre, por Sí mismo y por todos, por cada uno en particular y por todos a la vez; pues, siendo Él la verdad<sup>31</sup>, la sabiduría y el poder del Padre mismo del

universo<sup>32</sup>, y estando en Él, y siendo naturalmente una misma cosa con Él<sup>33</sup>, no cabe que, como si fuera una cosa extraña a Él, deje de alcanzar por su propio poder la alabanza del Padre por olvido, ignorancia o debilidad, o, en caso de alcanzarla, deje voluntariamente —lo que no es lícito— inglorificado<sup>34</sup> al Padre. 37. Únicamente por Él pueden ser enteramente justas las alabanzas que llegan al Padre. En efecto, el Padre mismo del universo es uno con Él, y puede decirse<sup>35</sup> que rodeándose de Él puede honrar y es honrado con idéntico poder al suyo propio, del que participa su Unigénito<sup>36</sup>, el primero y único de entre todos los seres en tenerlo, Verbo de Dios que está en Él. 38. Todos los demás podemos ser agradecidos y piadosos, si a Él solo presentamos la posibilidad de nuestro agradecimiento por todos los bienes recibidos

del Padre, y hemos de confesar que éste es el único camino piadoso; recordar siempre por Él al Autor del universo. 39. Así, pues, tengo que reconocer que Él merece ser discurso constante de agradecimiento y alabanza de la Providencia que, en lo más grande y en lo más pequeño, siempre vela por nosotros, e incluso nos empuja a ello, ya que Él es digno y el más perfecto de los seres: la Palabra animada por la misma Inteligencia primera<sup>37</sup>.

40. Sea, pues, este discurso nuestro de agradecimiento para ese sagrado varón aquí presente, el mejor de todos los hombres. Además, quisiera cantar<sup>38</sup> a aquel que, no sólo de entré los seres invisibles sino también divinos y que cuidan de los hombres, fue elegido por un gran designio para gobernarme desde la niñez, cuidarme y protegerme: 41. al santo ángel de Dios, *que me alimenta desde mi juventud*<sup>39</sup>, como dice aquel hombre amigo de Dios, refiriéndose, sin duda, al suyo propio. 42. Mas él, siendo grande, aludía y alababa consecuentemente a algún ángel mayor, bien fuera uno cualquiera o el mismo

Ángel del gran Consejo<sup>40</sup>, el común salvador de todos, elegido por su perfección como su único guardián, esto no lo sé muy bien, pero ciertamente conocía y alababa a un ángel suyo grande, quienquiera que fuese. 43. Y nosotros hacemos otro tanto; además del común guardián de todos los hombres, alabamos igualmente a ése que, quienquiera que sea, es pedagogo particular de los que somos como niños. 44. Él ha sido siempre y sin excepción mi buen ayo y tutor (es evidente que ni a mí, ni a ninguno de mis amigos cercanos ha de atribuirse tal beneficio, pues, éramos ciegos y no veíamos nada de lo que teníamos delante<sup>41</sup>, de forma que pudiéramos juzgar convenientemente. Por el contrario, sí le era propio<sup>42</sup> a él mismo, que proveía todo lo útil para nuestra alma), y entonces como ahora, nos alimenta, nos educa y nos lleva de la mano; 45. y, además de otras muchas cosas, él dispuso que me uniera a este hombre, que es lo más importante de todo, acercándome a él no por nacimiento o sangre humana alguna, ni por ser vecinos o tener alguna afinidad, ni mucho menos porque fuéramos del mismo pueblo; cosas todas esas que son motivo de amistad y conocimiento entre el resto de los hombres, 46. sino, en una palabra, que éramos desconocidos, extraños, mutuamente alejados y enormemente distanciados por pueblos, montañas y ríos que nos separaban; pero el ángel, por efecto de la que es divina y sabia Providencia, nos condujo hasta este hombre y nos deparó ese saludable en-

cuentro, que, a lo que me parece, fue procurado desde antiguo, desde mi primer nacimiento y crianza. 47. Pero describir ahora cómo sucedió, sería cosa larga, no sólo para quien quisiera explicarlo atentamente, sin descuidar nada, sino igualmente para quien, como yo que paso por alto muchas cosas, quisiera recordar en conjunto sólo aquello más importante.

##### 5. *Infancia y primera juventud. Viaje a Cesarea*

48. Desde el primer momento nos cuidaron<sup>43</sup> los padres, quienes vivían en costumbres equivocadas. Nadie suponía, pienso yo, que nosotros pudiéramos apartarnos de ellas, y ni yo mismo lo esperaba, pues no sólo era aún niño y sin razón, sino que tenía un padre supersticioso. 49. Luego vino la pérdida del padre y la orfandad, que pronto sería para mí, no obstante, el principio del conocimiento de la verdad. 50. Por entonces me acerqué al Logos salvador y verdadero; no sé cómo: más a la fuerza que voluntariamente<sup>44</sup>. En efecto, ¿qué criterio iba a tener yo a los catorce años?<sup>45</sup> El caso es que desde entonces comenzó a estar en mí de algún modo esa sagrada razón, como si en ese momento el sentido común hubiera llegado a la perfección. El hecho es que fue en-



tonces cuando me vino por vez primera. 51. Considerando yo mismo estas cosas, si no antes, al menos ahora tengo como un signo no pequeño de la sagrada y maravillosa Providencia para conmigo, esta misma coincidencia, así calculada de los años. 52. Ciertamente, todo lo que precedió a esa edad, como obra que era del error, podía atribuirse a la infancia y a la irreflexión. Además, el Logos sagrado no es confiado en vano a un alma que aún no ha llegado todavía a la edad de la discreción. 53. En cambio, a la ya dotada de razón, aunque no de una razón divina y pura, al menos no le habría de faltar el temor a esa misma razón, para que dominaran sobre mí, juntamente tanto la razón humana como la divina; ésta última ayudando con una fuerza inexplicable para mí, pero posible para ella, y aquella otra siendo ayudada. 54. Precisamente este pensamiento me llena de alegría y de temor al mismo tiempo; me enorgullezco del camino emprendido, pero temo que, satisfecho por tales cosas, no alcance tampoco en medida alguna la meta. 55. No obstante, pretendiendo describir ordenadamente mi encuentro con este hombre maravilloso, no sé como mi discurso se ha alargado hasta este punto. Antes corría rápido y expresaba de manera concisa lo que iba a seguir no como quien está obligado a pagar el agradecimiento y piedad debidos al que dispone así las cosas (no quisiéramos dar la impresión de arrogantes al hablar así, y luego no decir nada que valga la pena)<sup>46</sup>, sino como quien intenta una explicación o reconocimiento, u otra cosa que se designe con nombres más modestos que éstos.

56. Mi madre, única sobreviviente de los progenitores que cuidaban de nosotros, decidió que fuéramos educados en aquellas letras en las que son criados y alimentados los niños de familia noble; que frecuentáramos a algún orador, con el fin de que también lo fuéramos nosotros. Y, en efecto, acudimos a él, y entonces todos pensaban y decían que en breve también nosotros llegaríamos a oradores. Pero ni yo mismo lo sé ni quisiera hablar de eso. 57. La verdad es que no había razón alguna para ello ni se había puesto aún fundamento alguno de las posibles causas que pudieran motivar el conducirnos de esa forma. No obstante, estando vigilante el divino Pedagogo<sup>47</sup>, auténtico protector, sin pensarlo nuestros familiares, ni tampoco yo mismo me lo había propuesto, 58. se lo inspiró a uno de mis maestros, a quien, por otra parte, había sido confiado para que me enseñara el latín (no para llegar a dominarlo con perfección, sino para que no fuera un completo ignorante en dicha lengua; y además, dio la casualidad de que el tal maestro no era inexperto en leyes). 59. Con este pensamiento, me animó a aprender con él las leyes romanas. En verdad, aquel hombre me insistía gustosamente en ello, y yo realmente le obedecí más por complacerle que por amor a su profesión. 60. Él, tomándome como alumno, no sólo comenzó a enseñarme con empeño, sino que me dijo algo que ha resultado ser lo más verdadero de todo: mi mejor viático —esa misma palabra empleó—, sería el aprendizaje de las leyes, ya quisiera ser un orador de los que disputan en los tribunales, ya de algún otro. 61. Así me habló aquel hombre con sentido humano. Pero me parece que predijo tales cosas gracias a una inspi-

ración más divina que lo que él mismo podía sospechar.

**62.** Una vez educados, voluntariamente o no, en dichas leyes, éstas fueron en cierto modo una atadura, y causa y motivo para llegar a la ciudad de Beyruth<sup>48</sup>; dicha ciudad, situada no lejos de aquí, es muy romana en cierto sentido y considerada como buena escuela de leyes.

**63.** También diversas circunstancias influyeron para traer a este sagrado varón desde Egipto, desde la ciudad de Alejandría, donde principalmente estaba su hogar, hasta este mismo lugar como si saliera a nuestro encuentro. Puesto que ni yo mismo sabría explicar esas circunstancias, de buena gana las dejaré de lado. **64.** Efectivamente, no tenía necesidad alguna de venir hasta aquí y encontrarme con este hombre, pues para estudiar las leyes podía ir a Roma. **65.** ¿Cómo, pues, sucedió esto? El entonces gobernador de Palestina se llevó de repente a mi cuñado, el marido de mi hermana, a él sólo y contra su voluntad por tener que separarse de su mujer, y se lo trajo hasta aquí a su servicio para que participara en las tareas del gobierno del pueblo, pues era jurisconsulto, e igualmente lo es todavía. **66.** Así, pues, partiendo éste con aquel<sup>49</sup>, decidió llamar poco después a la esposa de la que se había separado de mala gana e involuntariamente, y nos arrastraría a nosotros con ella. **67.** De repente, no sé cómo, pensando viajar ciertamente, pero a otro lugar distinto de éste, se nos presentó un soldado con el encargo de escoltar a nuestra hermana y conducirla sana

y salva al encuentro con su marido, y de la misma forma llevarnos a nosotros con ella como compañeros de viaje. 68. En verdad que estamos agradecidos al cuñado, pero más a la hermana, puesto que no tuvo inconveniente alguno ni tampoco temor en hacer el viaje. Lo mismo pensaban los familiares y parientes, quienes nos sugerían, que sería de no pequeña utilidad el trasladarnos a Beyruth, a fin de terminar allí los estudios de derecho. 69. Todo, pues, nos incitaba: el deber para con nuestra hermana, los estudios de derecho, y hasta el mismo soldado —justo es decirlo—, ya que traía más carruajes públicos y mayor cantidad de insignias<sup>50</sup>, pensando en nosotros, que las necesarias únicamente para la hermana. 70. Esto era lo que se veía, pero lo que permanecía oculto era más verdadero<sup>51</sup>: el encuentro con este hombre, las enseñanzas verdaderas<sup>52</sup> que por él nos vendrían acer-

ca del Logos, la ayuda que nos trajo en orden a la salvación misma de nuestras almas, fueron ayuda salutífera<sup>53</sup> para quienes estábamos deslumbrados y casi ciegos. 71. Por tanto, no fue el soldado, sino un divino compañero de viaje, un guía bueno, un custodio que nos conduce durante toda esta vida como por un largo camino<sup>54</sup>, que —pasando por alto otras ciudades, y también Beyruth, a la que pensábamos ir— aquí nos trajo y estableció, sin dejar piedra por mover, hasta que con toda clase de ingenio, nos ató a éste que había de ser la causa de todos nuestros bienes<sup>55</sup>. 72. En verdad, el ángel divino que viniera para la dispensación de tales bienes, una vez que nos entregó a este hombre, aquí descansó no por cansancio o fatiga (ya que la naturaleza de los ministros de Dios es incansable), sino porque nos entregó a un hombre que habría de tener con nosotros toda la prudencia y el cuidado posibles.

## 6. *El encuentro con Orígenes y su escuela*

73. Él mismo nos acogió desde el primer día (pues ése fue para mí el primero y el más valioso de todos los días, si se puede decir: aquel en que por primera vez comenzó a salir el verdadero sol para mí<sup>56</sup>). Al principio, pues, acogiéndonos, como fieras salvajes, peces o pájaros, que, apresados por redes y lazos, intentan escapar y huir, a nosotros que de esa misma forma deseábamos alejarnos de él para marchar hacia Beyruth o volver a nuestra patria; 74. pero, combinó de tal modo las cosas, que nos retuvo consigo. Nos argumentó de todas las formas posibles y —como dice el adagio— movió todas las piedras y empleó todas sus fuerzas. 75. De una parte, ensalzaba la filosofía y a los filósofos con grandes panegíricos, y hacía frecuente referencia a los mismos, diciendo que sólo viven realmente los que poseen una vida conforme a la razón, los que viven rectamente; los que conocen quiénes son ellos mismos en primer lugar, y luego cuál es el verdadero bien que el hombre debe perseguir, y cuál es el verdadero mal que debe rechazar. 76. Censuraba, por otro lado, la ignorancia y a todos los ignorantes; pues, en efecto, son muchos los que, como animalitos justamente privados de inteligencia, no se conocen siquiera a sí mismos y andan errantes como irracionales, sin saber ellos mismos, ni querer aprender de otros en absoluto, qué sea el bien y el mal, y se lanzan y precipitan, como si fuera un bien, a la riqueza, a los honores del populacho y a la fortaleza corporal; 77. y estiman tales cosas en mucho y aún en todo, al igual que las técnicas que pueden procurarlas y las formas de vida que las aseguran, como la milicia, la abogacía o el estudio de las leyes. Con tales argu-

mentos nos disuadía sobre todo diciendo muy hábilmente que nosotros despreciábamos la razón, que era, según él, lo que debería predominar<sup>57</sup> en nosotros. 78. No puedo decir ahora aquellas palabras con las que nos exhortaba a filosofar no sólo un día, sino tantos cuantos desde el principio estábamos junto a él, y acudimos como heridos por una flecha, eso era su palabra, desde los primeros momentos (ya que condimentaba su palabra con dulzura y agrado, a la vez que con persuasión y fuerza); pero aún entonces nos revolvíamos, en cierto modo, y lo pensábamos muy bien, sin decidirnos a filosofar, pues todavía no estábamos convencidos del todo. Sin embargo, no podíamos retroceder —no sé por qué—, y siempre estábamos atraídos por él, como por una gran fuerza, mediante sus palabras. 79. Ni la religión misma para con el Soberano del universo (prerrogativa y don únicamente del hombre entre todos los animales de la tierra; por lo que con razón la prefieren todos, sabios e ignorantes, excepto aquel que, por un ataque de demencia, haya perdido todo rastro de inteligencia). Así, pues, ni la religión misma puede practicarla en absoluto, decía rectamente, quien no haya cultivado la filosofía. 80. En fin, con razones como éstas, unas tras otras, como mágicamente hipnotizados, con sencillez nos inmovilizó arteramente, y con una fuerza divina, no sé cómo, mediante sus palabras.

81. También así, nos lanzó el aguijón de la amistad, no fácil de conquistar, pero profundo y provechosísimo: el de su destreza y buena voluntad, que se nos manifestaba benevolente en sus mismas palabras al hablarnos

y conversar con nosotros. No trataba de engañarnos inútilmente con sus palabras, sino de salvarnos con hábil, caritativa y buena intención, y de hacernos partícipes de los bienes de la filosofía<sup>58</sup>; 82. y especialmente de aquellos otros bienes que la Divinidad le regaló sólo a él, más que a la mayoría de los hombres, o quizás a todos, incluso de los actuales: el Maestro de piedad, el Logos salvador, que en verdad visita a muchos y los perfecciona —no es Él algo a lo que se pueda resistir, ya que es y será rey de todo—, pero que está escondido y no es reconocido de ninguna manera por quienes, preguntados, puedan decir cosa clara sobre Él. 83. Así, como una chispa caída en medio de nuestra alma, se encendió e inflamó el amor al mismo Logos sagrado y amabilísimo, que atrae hacia Él por su inefable hermosura a todos los hombres, y de idéntica forma a este hombre, su amigo e intérprete.

84. Tocado yo muy mucho por ese amor<sup>59</sup>, decidí renunciar a todas las tareas y estudios que nos interesaban, entre otros, los de mis hermosas leyes, así como a la patria y a la familia, tanto a la que había venido hasta aquí, como a la que habíamos abandonado<sup>60</sup>. Una sola cosa me era estimada y querida: la filosofía y este hombre divino, que era su maestro. 85. Y el alma de Jonatán se pegó a David<sup>61</sup>. Eso conocí más tarde en las Sagradas Escrituras; sin embargo, antes no había entendido clara-



mente lo que se decía y que, en verdad, estaba profetizado con toda claridad. 86. Pues, no se unió simplemente Jonatán a David, sino lo más importante, el alma, esa que, aunque se separe lo manifiesto y visible en el hombre, no se divide aunque se la obligara de alguna manera; ni siquiera a la fuerza, ciertamente. 87. Porque el alma es libre y no puede ser encerrada de modo alguno, ni aunque la guardes en una celda<sup>62</sup>. En efecto, el alma ha nacido, en primera instancia, para estar donde está la inteligencia, y aunque te parezca que está en una celda, pues tú la imaginas allí por otra razón, sin embargo, eso no impide que de algún modo se encuentre donde quiera estar; es más, el alma sólo puede estar de forma total y absoluta —y es natural creerlo así— allí donde estén sus propias obras, las exclusivamente suyas. 88. Pues bien, lo que a mí me aconteció ¿no está indicado con esa brevísima referencia: *el alma de Jonatán se unió al alma de David*<sup>63</sup>? Aquello que, he señalado, de mal grado no se separará, y de buen grado no lo hará fácilmente. 89. Pues, pienso yo que no está en el inferior, fácil y proclive a cambiar de voluntad, la potestad de liberarse de esos sagrados lazos de la amistad, puesto que al principio tampoco nació de él el atarse; sino que es más propio del superior, que es constante e inquebrantable<sup>64</sup>, el fabricar

esos lazos y sagrados vínculos. Así, según la Palabra divina, no se ató el alma de David a la de Jonatán, 90. sino al contrario, se dice que el alma del inferior, por serlo, se pegó al alma de David; lo superior, siendo autónomo, no puede permanecer unido a lo inferior, sino que lo inferior, necesitado de unirse a lo superior, estaba obligado a atarse a ello. Así, pues, lo que permanece en sí mismo no sufre ningún daño por su unión con lo inferior; y tampoco lo desordenado por sí mismo, al estar unido y ordenado con lo superior, sufre daño alguno por los necesarios vínculos, sino que se enaltece con lo superior. 91. Por eso, el fabricar los lazos corresponde al superior y no al inferior ser atado con ellos, de tal forma que no posee el poder desatarse de dichos lazos. 92. Con idénticas ataduras, este nuevo David nos tiene atados ahora como entonces, de forma que, aunque quisiéramos, no podríamos desligarnos de sus ataduras. Efectivamente, ni aunque marchemos, librárá nuestras almas, que él, como el texto divino dice, así tiene atadas.

#### 7. *El programa escolar de Orígenes: preparación crítica y dialéctica*

93. Además, impulsándonos desde el principio y cercándonos por todos los sitios, una vez conseguido lo principal, que era permanecer con él, entonces, como buen labrador, comenzó a trabajar una tierra descuidada, y en verdad totalmente estéril, salobre y quemada, pedregosa y arenosa, o no del todo estéril ni inepta ciertamen-

te, pero no muy apta<sup>65</sup>; más bien tierra descuidada, áspera<sup>66</sup> y difícil de trabajar por espinos y matorrales agrestes; 94. o como el jardinero que cultiva un árbol, que siendo agreste y que no da frutos dulces, pero no es totalmente inservible, si alguien por arte de jardinería le injerta un vástago noble, abriéndolo por medio e injertándolo y atándolo luego, hasta que totalmente unidos<sup>67</sup>, ambos se alimentan como si fueran uno (así verás un árbol fundido, ilegítimo, en verdad, pero de lo infructuoso se vuelve fructuoso, porque, de raíces silvestres, produce hermosas olivas); o ciertamente salvaje, pero no inservible para un jardinero experto; o puede que noble, pero no fructuoso y muy fértil, y que por falta de cultivo se encuentre sin retoños, sin regar<sup>68</sup> y seco, ahogado inútil-

mente por los muchos y superfluos brotes que le han nacido al azar, y unos a otros se impiden germinar con perfección y dar fruto. 95. Acogiéndonos así, y cercándonos con su técnica de labrador, no sólo consideraba lo que aparece a la vista de todos y se ve por simple ojeada, sino que también ahondaba e investigaba hasta lo más íntimo, preguntando, proponiendo y escuchando las respuestas; tan pronto como descubría en nosotros algo útil, provechoso y eficaz, 96. él excavaba y removía la tierra, regaba y no dejaba nada por mover; nos aplicaba todo su arte y cuidado, y así nos cultivaba. Los cardos y espinas<sup>69</sup> y todo retoño de árboles y plantas agrestes que producía exuberante nuestra alma turbada, desordenada e impetuosa, él lo podaba todo y lo arrancaba con argumentos y prohibiciones. 97. Nos enderezaba de forma socrática<sup>70</sup> y nos incitaba con su manera de razonar; viéndonos desenfrenados, como potros salvajes, saltando fuera del camino y corriendo de un lado para otro<sup>71</sup>, hasta que, con persuasión y doctrina nos enderezaba y domaba con su palabra, como con un freno metido en

nuestra boca<sup>72</sup>. **98.** Tuvimos un comienzo difícil y no carente de sufrimiento, pues dirigía sus palabras a quienes no estábamos aun acostumbrados ni ejercitados a admitir la razón; pero, a pesar de todo, nos purificaba.

Cuando nos volvió aptos y nos preparó adecuadamente para recibir las palabras de la verdad, **99.** entonces, como tierra bien trabajada y mullida, dispuesta para hacer brotar las semillas recibidas, él las echaba a manos llenas, buscaba el momento oportuno para sembrar, de igual manera que ponía cuidado en todo, haciendo cada cosa a su debido tiempo y con las palabras apropiadas. **100.** Cuanto de débil e ilegítimo tuviera nuestra alma, fuera por naturaleza o por el entorpecimiento del cuerpo debido a la desmesurada alimentación, procuraba él cercenarlo y aliviarlo con sutiles palabras y maneras de razonar, propias de un lógico aprendizaje. **101.** Éstas, desarrollándose unas tras otras, desde los principios más sencillos, y trenzadas de forma variada, venían a constituir una trama inmensa y difícil de rebatir, las cuales nos despertaban como de un sueño y nos enseñaban a estar siempre atentos a la exposición, sin fijarnos en su extensión o brevedad. **102.** Cuanto de irreflexivo y temerario nos embargaba, pues asentíamos a lo primero que nos salía al encuentro, fuera lo que fuere: bien fuese falso y que nos contradecía a menudo, bien fuese verdadero lo que se decía, él lo educaba con sus mismos razonamientos y con otros muchos argumentos; pues esa parte de la filosofía es variada, y acostumbra a no descuidar los testimonios, ni tampoco a rechazarlos, sino que los acepta y examina críticamente no sólo lo que se ve, **103.** pues mu-

chas cosas famosas e ilustres<sup>73</sup> a primera vista, bajo hermosas palabras, habían penetrado como verdaderas en nuestros oídos, siendo en realidad fingidas y no eran fidedignas y que en nada respondían a la verdad; en cambio, nos pusieron fácilmente en ridículo al engañarnos y haber dado nuestro consentimiento a lo que menos merecía. 104. Había otras, por el contrario, que eran respetables y nada jactanciosas, y por no expresarse con palabras fidedignas, parecían extrañas y totalmente increíbles, y las rechazábamos injustamente como falsas e insolentes; más tarde, al final, quien las examina y considera puntualmente, se da cuenta de que lo que antes parecía despreciable y sin crédito, es lo más verdadero de todo y lo que realmente no admite discusión. 105. Así, pues, no sólo nos enseñaba a examinar atentamente lo evidente y manifiesto, y que a veces es engañoso y sofisticado, sino a indagar el interior de cada cosa, no fuese que contuviera algo hueco<sup>74</sup>, y, bien asegurados nosotros mismos, asentir luego y reafirmar lo externo. 106. De esa manera era educada razonablemente la parte de nuestra alma a la que corresponde juzgar sobre expresiones y razonamientos; 107. y no según los pareceres de los buenos retóricos: sobre si la dicción es helénica o se trata de un barbarismo, lo cual sería una enseñanza pequeña e innecesaria<sup>75</sup>;

108. sino lo que es más necesario, tanto a griegos como extranjeros, a sabios como ignorantes, y, en una palabra —a fin de no alargarme explicando cada una de las artes y profesiones—, a todos los hombres de cualquier género de vida que hayan elegido, ya que a todos importa y todos ponen empeño de que no se les engañe en ninguna cosa que entre sí trataran.

### 8. *La atención a las ciencias naturales*

109. Y no sólo intentaba enderezar ese aspecto de nuestra alma que se refiere a la dialéctica, sino también la parte inferior<sup>76</sup>, por la que nos admiramos de la magnífica, maravillosa, artificiosa y sapientísima obra del universo; pues, efectivamente, nos maravillamos muy mucho y quedamos sobrecogidos de espanto, sin saber qué pensar, a la manera de seres irracionales. 110. Él la despertaba y corregía con otras enseñanzas físicas, señalando claramente las características de cada uno de los seres y los diferenciaba muy sabiamente desde sus primerísimos elementos, explicando luego su naturaleza, y la constitución y cambio del universo entero y la de cada una de sus partes. 111. Así, gracias a su clara enseñanza y de los argumentos, unos aprendidos y otros descubiertos, sobre el sagrado gobierno del mundo y de la naturaleza intachable, imprimía en nuestras almas una admiración espiritual<sup>77</sup> en vez de irracional. 112. Ésta es la lección sublime, divina y la más deseada por todos, que enseña la

fisiología. 113. ¿Y qué decir de esas disciplinas sagradas: la geometría, ciertamente por todos querida, y la astronomía, que reside en el aire? Él grabó cada una de estas disciplinas en nuestras almas enseñando o memorizando, o no sé como podría decirse. 114. Ponía la geometría, por ser segura, como cimiento sólido y base de todo; y nos levantaba hasta lo más alto, gracias a la astronomía<sup>78</sup>, y, como por una escalera que llegaba hasta el firmamento<sup>79</sup>, nos hacía accesible el cielo mediante ambas ciencias.

## 9. *El estudio de la ética*

115. Pero, sobre todo nos inculcaba lo que constituye la más alta cima de todas las cosas, aquello por lo que se esfuerzan toda clase de filósofos; pues la sublime filosofía recoge los frutos de todas las otras ciencias como si se tratara de una plantación variada, que son: las divinas virtudes morales, de las que nace la disposición tranquila y bien ordenada de las mociones del alma. 116. De esta manera se esforzaba por hacernos insensibles al dolor e indiferentes a todo mal, y disciplinados, constantes, semejantes a Dios y en verdad felices. 117. Modelaba nuestras costumbres y modos de ser con discursos especialmente tranquilos y sabios, y no menos obligatorios. 118. Y no sólo con palabras, sino también con obras gobernaba de algún modo nuestros impulsos, mediante la reflexión y la consideración de esas mismas mociones y pasiones del alma, por cuyo conocimiento suele corregirse no poco la falta de armonía que tiene nuestra alma, y de esta manera pasa de la confusión a lo



juicioso y bien ordenado. 119. Pues, observándose ella misma<sup>80</sup> como en un espejo, distingue los principios y raíces mismas del mal, todo lo que de irracional tiene, y de donde surgen nuestras malas inclinaciones. También ve lo que hay de mejor en ella, la parte espiritual, con cuyo dominio permanece en sí misma sana y sin pasión. 120. Luego que ha comprendido en sí misma todo eso con exactitud, puede desechar y arrojar lejos de sí todo lo que nace de la parte inferior, que es lo que nos echa a perder por su intemperancia, o nos aprisiona y sofoca por su bajeza, como son los placeres y concupiscencias, los dolores y miedos y toda retahíla de males que acompañan a esta clase de pasiones. Así, pues, las rechaza apenas comienzan a nacer, sin dejarlas crecer lo más mínimo, sino que las destruye y aniquila. 121. De otra parte, lo que brota de la parte superior de nuestra alma, como bienes que son, los nutría y salvaba, los alimentaba desde el principio y los conservaba todos hasta su perfección. 122. Efectivamente, así es posible que alguna vez nazcan en el alma las virtudes divinas como son: la prudencia, que es la que en primer lugar puede juzgar todos los movimientos del alma, por sí mismos y según la ciencia de los bienes y de los males exteriores a nosotros, si es que hay alguno; la templanza, que es la facultad de elegir recatadamente eso mismo en el origen; la justicia, que da a cada uno lo que se merece; y la fortaleza, que es la salvación de todo eso.

123. Así, pues, no nos acostumbraba a palabras que nos explicaran que la prudencia fuera la ciencia de lo bueno y de lo malo, de lo que se debe o no hacer; esa

misma enseñanza sería, en verdad, vana e inútil, si las palabras no hubieran estado acompañadas por los hechos. Y lo mismo una prudencia que no realiza lo que hay que hacer, y no se aparta de lo que no debe hacerse, y únicamente procura el conocimiento en los que la tienen, como vemos en muchos. 124. En cuanto a la templanza, que sería ciertamente el conocimiento de lo que se debe o no elegir, y que no la enseñan en absoluto los demás filósofos, y mucho menos los modernos, en verdad enérgicos y decididos en los discursos (a quienes frecuentemente yo admiré, pues demostraban que era la misma la virtud de Dios que la de los hombres, y que el hombre sabio de la tierra es igual al Dios primero), pero que no son capaces de transmitir la prudencia de modo que cada uno haga lo que ella pide; ni tampoco la templanza, a fin de que elija uno mismo lo que ha aprendido. 125. Lo mismo habría que decir respecto de la justicia y de la fortaleza. 126. Así, pues, este hombre no nos explicaba sólo la teoría de las virtudes mediante discursos, sino que nos exhortaba sobre todo a practicarlas; y nos incitaba más con los hechos que con las palabras.

#### 10. *La búsqueda de la verdad*

127. Ruego a los filósofos actuales, a quienes yo mismo he conocido o he oído hablar a otros, y al resto de los hombres que no se molesten por lo que ahora voy a decir. Y nadie piense que voy a hablar por amistad para con este hombre o por enemistad para con los demás filósofos, 128. (de los que yo mismo deseo, como nadie, ser amigo por razón de sus discursos, y personalmente quiero alabarlos y oír las maravillas que de ellos dicen otros; sin embargo, a tal extremo han llegado todos, que

deshonran hasta el nombre mismo de la filosofía, y yo mismo preferiría ser totalmente ignorante, antes que aprender lo que ellos dan a conocer: hombres a quienes en su vida no es digno ni vale la pena acercarse. Quizás pensaba de forma equivocada). 129. Nadie, pues, sospeche que digo estas cosas por el prurito de alabar a este hombre o por el deseo contrario<sup>81</sup> para con el resto de los filósofos; antes bien, estoy persuadido, para que no parezca adulación, de que hablaré muy por debajo de sus merecimientos. 130. Y no busco expresiones, nombres y manifestaciones de encomios artísticos. Yo mismo, cuando de adolescente aprendía la popular oratoria del retor, nunca soporté de buena gana el aplaudir y pronunciar panegírico alguno que no fuera verdadero. 131. Tampoco, ahora que me propongo alabar a este hombre, pienso que sea conveniente ensalzarlo simplemente a costa de las censuras de los demás. Malamente elogiaría a este hombre si, para tener que decir algo más laudatorio de él, tuviera que comparar su bienaventurada vida con los fracasos de los demás. No desbarramos de tal suerte. 132. Por el contrario, yo mismo voy a confesar lo que he experimentado, sin comparación ni indiscreción alguna en el discurso.

## 11. *Las virtudes humanas y divinas*

133. Este hombre fue el primero y el único que me exhortó a dedicarme a la filosofía griega, persuadiéndome

con su propio ejemplo y también con su palabra, que yo oía y seguía, 134. a mí que ningún otro filósofo me hubiera persuadido (de nuevo lo confieso), no ya convenientemente, sino poco menos que para mi desgracia. Ciertamente, al principio no me entrevisté con muchos, sino con aquellos pocos que se ufanaban de enseñar la filosofía; pero todos cifraban el filosofar en meras palabras. 135. Éste, en cambio, fue el primero que me exhortó con sus palabras a filosofar, anticipando a la persuasión verbal la de los hechos; no sólo nos daba a conocer los vocablos cuidados, pues, ni siquiera juzgaba digno el hablar, a no ser que se hiciera con espíritu sincero, esforzándose por practicar lo que se dice, o procurando mostrarse a sí mismo como explicaba en los discursos que debe ser quien vive rectamente, y, en verdad, dando ejemplo de hombre sabio: es lo que pretendemos decir. 136. Pero, desde el comienzo, nuestras palabras han prometido ser veraces, no elegantes; por eso digo que él era ejemplo de sabio, por más que quisiera decirlo, y es verdad<sup>82</sup>. No obstante, dejo ahora este punto. No se trata, pues, de un ejemplo acabado, sino del que deseaba grandemente parecerse, esforzándose para ello con toda diligencia y ardor, y, si se puede decir, más allá de lo humanamente posible. 137. Además también intentaba hacernos realmente felices a nosotros<sup>83</sup>, que no éramos moderados en palabras ni conocedores de las mociones del alma, sino de las mociones mismas. Y nos llevaba, con hechos y con palabras, no a una pequeña parte de cada virtud, sino que nos ponía, si lo comprendíamos

bien, en la contemplación misma de toda la virtud. 138. Y nos obligaba, por así decirlo, a practicar la justicia mediante la actividad propia del alma, a la que nos aconsejaba adherirnos; para ello procuraba apartarnos del ajetreo de la vida y de las disputas del foro, y a que reflexionáramos sobre nosotros mismos, ocupándonos realmente de lo nuestro. 139. Algunos filósofos antiguos<sup>84</sup> afirmaron que el practicar la justicia constituía la verdadera justicia, aludiendo, me parece, a la propia actividad, y que eso era también lo que más contribuía a obtener tanto la felicidad propia como la de los que nos rodean, puesto que es realmente característico de esa virtud dar a cada uno lo que merece y es suyo. 140. ¿Qué otra cosa propia del alma y, por tanto digna, que el ocuparse de sí misma, no mirar fuera de sí ni entrometerse en lo que no debe, ni, en una palabra, ser injusta, con la peor injusticia, consigo misma, sino, recogida en sí, corresponderse consigo misma y practicar de esta manera la justicia? Por ello, forzándonos, si puede decirse, nos educaba a practicar la justicia. 141. Y no menos a ser igualmente prudentes, poniendo atención a lo que es propio del alma, deseando e intentando conocernos a nosotros mismos. En verdad, ésta es la mejor tarea de la filosofía, que se atribuye, como imperativo sapientísimo, al más divino de los démones<sup>85</sup>: conócete a ti mismo<sup>86</sup>. 142. Y que eso era real-

mente la tarea de la prudencia divina, ya lo dijeron bellamente los antiguos; la misma dicen ser la virtud de Dios y la del hombre, puesto que el alma, preocupada de mirarse a sí misma como en un espejo contempla en sí misma la mente divina, si es que se ha hecho digna de tal comunicación, y rastrea el camino, inefable para ella, de esa divinización. **143.** Al mismo tiempo nos enseñaba a vivir con templanza y a ser fuertes. Vivir moderadamente, conservando nosotros esa prudencia del alma por la que se conoce a sí misma, en el caso de que alguna vez lo haya alcanzado; pues en eso consiste precisamente la templanza: en una prudencia sana y salva. **144.** Y a ser fuertes, manteniéndonos firmes en las prácticas antedichas; sin ceder voluntariamente ni por violencia alguna, y conservándonos dueños de lo que hemos señalado. Dicha virtud decía él que era la salvadora y guardiana de nuestras decisiones.

## 12. *La sabiduría como compañera de las virtudes*

**145.** Pero, efectivamente, a pesar de sus esfuerzos, aún no ha conseguido hacernos justos, prudentes, templados ni fuertes, por causa de nuestra negligencia y lentitud<sup>87</sup>; así, mucho nos falta a los que no tenemos, ni siquiera nos aproximamos, virtud alguna divina ni humana. **146.** Son, en efecto, estas virtudes grandes y elevadas, que nadie puede obtener ni alcanzar, a no ser que Dios le dé tal poder. Nosotros, en realidad, confesamos que no fuimos convenientemente criados para ello, ni todavía somos merecedores de alcanzarlas, ya que por negligencia y debilidad no hemos practicado lo que conviene a quie-

nes aspiran a lo mejor y pretenden lo perfecto. 147. No somos, pues, justos ni temperantes y pensamos que no tenemos ninguna otra virtud; sin embargo, como enamorados que desean con ardentísimo amor, lo único que quizás estaba en su mano, eso sí nos hizo desde el principio este hombre admirable, amigo y pregonero de las virtudes; 148. y nos infundió, por su propia virtud, el amor a la hermosura de la justicia, cuyo rostro de oro ciertamente nos mostró; y a la prudencia, codiciada por todos; y a la verdadera sabiduría, que es amabilísima; y a la templanza, que asemeja a los dioses, que es firmeza del alma y tranquilidad para todos los que la poseen; y a la muy admirable fortaleza; 149. y a nuestra<sup>88</sup> paciencia, y sobre todo, a la piedad, que dicen, y dicen bien, que es la madre de las virtudes, pues, siendo principio y fin de todas ellas, y, partiendo de ella, muy fácilmente se podrían adquirir también las restantes virtudes. Si deseamos y tenemos empeño en poseer para nosotros mismos lo que es necesario a todo hombre, que no es ateo ni amigo del placer, sino amante y pregonero de Dios, esforcémosnos por adquirir las restantes virtudes. No seamos indignos e impuros, sino unámonos a Dios, adornados con toda virtud y sabiduría, acompañados como de un guía bueno y de un sacerdote sapientísimo. Pienso que no es otra la finalidad de las cosas, sino, hechos semejantes a Dios con espíritu puro, acercarnos a Él y permanecer en Él.

### 13. *La filosofía como propedéutica de la teología*

150. Si quisiera explicar con cuánta laboriosidad y diligencia nos enseñaba y reverenciaba la teología, debería penetrar en sus mismas disposiciones<sup>89</sup>, para saber con qué intención y preparación deseaba que aprendiéramos todas las razones acerca de la Divinidad, guardándonos de correr peligro sobre lo más necesario de todo: el conocimiento del Autor de todas las cosas. 151. En efecto, estimaba el que filosofáramos, recogiendo con todo esmero los escritos todos de los filósofos y poetas antiguos, sin rechazar ni reprobar ninguno (pues todavía no teníamos criterio para ello). 152. Exceptuaba, no obstante, los libros de los ateos<sup>90</sup>, que saliéndose de las concepciones humanas, afirman que no existe Dios, ni la Providencia (leer tales obras es indigno, no sea que al hacerlo manchen nuestra alma, que debe ser piadosa y no debe oír palabras contrarias al culto divino; ni deben tocar nada profano quienes se acercan a los templos de la piedad que profesan). Así, pues, no es digno mencionar para nada los escritos de los ateos, por parte de hombres que se tienen como piadosos. 153. En cambio, deseaba que descubriéramos y tuviéramos contacto con todos los demás, sin preferir, ni tampoco condenar ningún género de doctrina filosófica, fuera griega o extranjera, sino escucharlas todas<sup>91</sup>. 154. Esto era muy sabio y hábil, pues evitaba el peligro de que una de esas doctrinas, sola y por sí misma, al ser escuchada y estimada en exclusiva, se infiltrara en nuestra alma engañándonos, y nos modelara



según ella y nos hiciera cosa suya, no pudiendo ya desprendernos de ella ni limpiarnos de su tinte, a la manera de lanas teñidas con un tinte indeleble<sup>92</sup>. 155. Es verdad que la palabra humana es cosa voluble, sofisticadamente artificiosa y punzante, que penetra rápidamente en los oídos, para grabarse en la mente y dominarla; y una vez persuadidos, quienes han sido dominados por ella, la aman como verdadera, y así permanece en su interior, por más falsa y engañosa que sea, dominando cual prestidigitador que tiene por defensor al mismo que ha sido engañado. 156. La mente humana, por otra parte, es fácil de engañar por la palabra, y está bien dispuesta a dar su consentimiento, incluso antes de discernir y examinar absolutamente todo, pues su misma torpeza y debilidad, o la sutileza de su razonamiento la hace desfallecer en la exactitud del examen y se entrega, totalmente despreocupada, a infinidad de razones y opiniones engañosas y erróneas, que confunden a quienes las admiten<sup>93</sup>. 157. Y no sólo eso, pues si pretende restablecer otro razonamiento, de ninguna manera lo admite ni cambia de parecer, sino que sigue abrazada al primero, dominada por él,

#### 14. *El conocimiento de Dios y la piedad humana*

158. En verdad, ¿no fue eso todo lo que introdujo las opiniones diversas y contradictorias entre sí, y las disensiones entre los filósofos, enfrentando las opiniones de unos contra los otros y manteniendo unos sus ideas, e imponiendo otros las suyas? 159. Ciertamente, todos pre-

tenden filosofar, y lo proclaman desde que comenzaron a hacerlo, y andan diciendo que lo desean más ahora, que están metidos en sus discursos, que cuando comenzaron; más aun, dicen que ahora tienen mayor apego a gustarla —como alguien diría—, y a gastar su tiempo en los razonamientos, que cuando, sin experiencia alguna, se decidieron al principio, sin saber por qué, a filosofar. Todo eso dicen, pero ¿por qué no prestan razón alguna<sup>94</sup> a los que tienen otra opinión? 160. En efecto, ninguno de los filósofos antiguos ha tenido partidarios entre los modernos<sup>95</sup>, ni ninguno de los peripatéticos se ha convertido hacia aquellos, practicando su filosofía; tampoco a la inversa, ni, finalmente, nadie a nadie. 161. Pues no es fácil disuadir para que alguien cambie de opinión, abandone sus propias ideas por otras, y de igual manera éstas últimas por aquellas, aunque se trate de ideas que, de haberlas admitido antes de filosofar, ahora amaría; no dominada aún, el alma fácilmente hubiera admitido y amado razones, por más que se opusiera con ellas a las que ahora tiene<sup>96</sup>.

162. Tales cosas nos han argumentado nuestros nobles, elocuentísimos y muy habilidosos filósofos griegos: a las ideas que cada uno se adhiere al principio, impelido por un determinado impulso, únicamente éstas, dicen que son verdaderas; todo lo que dicen los restantes filósofos es engaño e insignificancia. Ciertamente, nadie confirma

sus argumentos más que el contrario o el que defiende las suyas propias, para no tener que cambiar y mudar de opinión por necesidad ni persuasión. 163. Y no tiene otra persuasión —si hay que decir la verdad— que el impulso irracional de esas mismas opiniones filosóficas, y piensan que el verdadero criterio —aunque parezca paradoja— no es otro que el arbitrario azar. Por eso, cada uno ama aquellas opiniones que encontró al principio, y como si estuviera encadenado por ellas, no es capaz de adherirse a otras. 164. Si, en efecto, uno tuviera algo que decir para mostrar la verdad de todas sus opiniones y la falsedad de las de sus contrarios, debería ayudarse también de la razón, ya que él mismo, sin ayuda alguna, se entregó gratuitamente al azar, como algo que felizmente se encuentra uno, a aquellos razonamientos que le ocuparon con anterioridad. 165. Dichos razonamientos han hecho sucumbir a quienes los aceptan, incluso en lo más importante y necesario de todo: en el conocimiento y piedad para con Dios. 166. Y, sin embargo, de alguna manera permanecen enredados en ellos a una determinada opinión, y ya nadie puede abandonarlos fácilmente, como si se tratara de una marisma en una llanura muy amplia que no se puede vadear y de la que no pueden salvarse quienes se han deslizado en ella una sola vez, ni desandando lo andado, ni cruzándola, sino que son retenidos en ella hasta la muerte. 167. O como si se tratara de una inmensa selva, espesa y alta, en la que ha penetrado un caminante, con la idea de salir de algún modo y volver de nuevo al campo abierto, pero no lo consigue a causa de su longitud y gran espesura, y va y viene muchísimas veces dentro de ella, camina en distintas direcciones por continuos caminos interiores, intentando salir precisamente por alguno de ellos; pero sólo conducen al interior, nunca a la salida, pues son únicamente caminos

de la selva misma. Finalmente, el caminante, desfallecido y cansado, pensando que todo es selva y que no hay sobre la tierra lugar alguno habitable, resuelve permanecer allí, construye su casa, y se procura como puede un campo abierto en la selva misma. 168. O como si se tratara de un laberinto<sup>97</sup>, en el que aparece una sola entrada. Sin sospechar externamente nada complicado, penetra uno por la única puerta que aparece y, luego, avanzando hasta lo más íntimo, contempla un espectáculo variado y una construcción ingeniosísima, con muchos caminos que engañan hábilmente por sus continuas entradas y salidas; mas cuando pretende salir de verdad, jamás lo consigue, pues queda encerrado dentro de lo que le había parecido una sabia construcción. 169. Y, sin embargo, no existe laberinto tan complicado, ni selva tan espesa y variada, ni llanura o lugar pantanoso tan temido que pueda dominar a los que a ellos se acercan, como la doctrina de algunos de esos mismos filósofos, si alguien se enfrenta a ellos.

170. Así, pues, para que no nos sucediera lo mismo que a otros muchos, no nos conducía a una sola doctrina filosófica, ni nos permitía atacarla; sino que nos llevaba a todas, y no quería que dejáramos de conocer ninguna opinión griega. 171. Y él mismo nos acompañaba marchando el primero y llevándonos de la mano como en un viaje, por si en alguna ocasión encontrábamos algo difícil, engañoso o fingido. Era todo un gran experto, al que, familiarizado sobremanera con los discursos, nada le era extraño ni desconocido, sino que él se mantenía expectante en la seguridad misma, y nos salvaba ofreciendo su mano como quien tira hacia arriba de los que se

ahogan<sup>98</sup>. 172. En verdad, recogía y nos confiaba todo lo útil y verdadero de aquellos filósofos, 173. excluía todo lo que era falso, sobre todo lo que hacía referencia a la piedad humana.

### 15. *El estudio de la teología: la Sagrada Escritura*

Acerca de eso también nos aconsejaba que no prestáramos atención a nadie, ni aunque fuera celebrado por todos los hombres como el más sabio, sino sólo a Dios y a sus profetas. 174. Él mismo nos interpretaba y esclarecía cuanto nos parecía obscuro y enigmático, como ocurre frecuentemente con las sentencias sagradas (bien porque, gusta a Dios conversar así con los hombres, para que la Palabra divina no penetre inerme y sin preparar en un alma indigna, como ocurre las más de las veces; bien porque por naturaleza toda la revelación divina es clarísima y muy sencilla, y únicamente nos parece obscura e ininteligible por habernos apartado de Dios y haber perdido la costumbre, por el tiempo y la antigüedad, de escucharla. No sé cómo expresarlo). Así, pues, si algo había enigmático, él, respetuoso y discretísimo oyente de Dios, nos lo aclaraba y sacaba a la luz. 175. De otra parte, si nada había por naturaleza tortuoso e ininteligible para él, era porque sólo él es el único de los hombres modernos, que yo conozca o haya oído hablar a otros,

interesado en recibir en su propia alma los luminosos<sup>99</sup> y puros oráculos, y en enseñarles a los demás. 176. Efectivamente, el Autor de todas las revelaciones, el mismo que se hace eco en los profetas, amigos de Dios, y les inspira toda profecía y palabra mística y divina, le ha honrado también a él como amigo y le ha constituido en intérprete suyo. 177. Lo que por medio de otros sólo insinuó enigmáticamente, gracias a éste nos lo ha enseñado con claridad; y siendo digno de todo crédito, le brindó la posibilidad de indagar y descubrir las razones de todo aquello que había sido decretado o pronunciado. 178. De esta manera, si hubiera alguno duro de espíritu e incrédulo, pero amigo de saber, aprendiendo de éste, se verá obligado en cierto modo a estar con él, y creer y seguir a Dios. 179. Y decía esas cosas no por otra razón, creo yo, que por la comunicación del Espíritu divino<sup>100</sup>; pues, de la misma facultad han menester tanto los que profetizan, como los que escuchan a los profetas; ya que nadie puede oír a un profeta si el Espíritu mismo que profetizó no le diera la inteligencia de sus propias palabras. 180. También en las Sagradas Escrituras se encuentra esa misma sentencia: únicamente el que cierra —se dice— abre, y ningún otro<sup>101</sup>. La Palabra divina abre aclarando los enigmas cerrados. 181. Este hombre, pues, ha recibido de Dios el mejor regalo y la participación más grande del cielo: ser intérprete de las palabras de Dios a los hombres; entender las cosas de Dios como si Dios mismo hablara, y enseñarlas a los hombres como si

los hombres mismos las escucharan<sup>102</sup>. **182.** Por tanto, nada era para nosotros ni secreto ni inaccesible; al contrario, nos era posible aprender toda doctrina extranjera o griega, mística o política, divina o humana. Al mismo tiempo, con absoluta confianza, lo recorríamos todo, todo lo investigábamos, disfrutábamos de todos los bienes del alma, y nos saciábamos. Bien se tratara de una enseñanza antigua sobre la verdad, bien se tratara de algo denominado con otro nombre, encontrábamos en él mismo la maravillosa y completa preparación, y la posibilidad de contemplar las cosas más bellas. **183.** Resumiendo, él era para nosotros un verdadero paraíso, semejante al gran paraíso de Dios<sup>103</sup>, en el que no teníamos que cultivar la tierra de arriba a abajo, ni alimentar nuestros cuerpos<sup>104</sup> para estar fuertes; sino sólo acrecentar las excelencias del alma, y nosotros mismos, plantados cual árboles sazonados o injertados para nosotros por el Autor del universo<sup>105</sup>, estábamos alegres y éramos dichosos.

## 16. *El dolor de la despedida*

184. Éste fue verdaderamente el paraíso de delicias, la verdadera alegría y placer que hemos gozado en todo ese tiempo pasado, y no ya pequeño, sino del todo insignificante, puesto que ya acaba, al tener que marchar y alejarnos de aquí. 185. No sé, en efecto, qué ha sucedido o por qué pecado soy sacado y expulsado. Ignoro qué es lo que tendría que decir, si no fuera porque yo mismo soy un segundo Adán expulsado del paraíso<sup>106</sup> por atreverme a hablar. ¡Qué bien vivía escuchando en silencio la palabra del maestro! ¡Qué provechoso hubiera sido el aprender a callar también ahora, y estar tranquilo, a fin de no convertir (extraño espectáculo éste) en oyente al maestro! 186. Pues, ¿qué necesidad tenía yo de este discurso? ¿A qué mencionar todas esas cosas, cuando no es obligatorio marchar, sino perseverar? Sin embargo, pienso que todas estas cosas son pecados del antiguo engaño<sup>107</sup>, y aún me esperan las penas infligidas a los primeros padres<sup>108</sup>. 187. Incluso me parece desobedecer nuevamente, al intentar transgredir las palabras de Dios, cuando mi deber sería permanecer junto a ellas y en ellas<sup>109</sup>. Pero al alejarme, yo mismo voy huyendo de esta vida dichosa, no menos que aquel hombre antiguo<sup>110</sup> se alejaba del rostro de Dios, para volver a la tierra de la que fui sacado<sup>111</sup>. 188. Por tanto, allí comeré tierra todos los días de mi vida<sup>112</sup>, y trabajaré una tierra que me



producirá espinas y abrojos<sup>113</sup>: mis propias penas y censurables solicitudes, por haber abandonado las hermosas y buenas ocupaciones. 189. Y nuevamente vuelvo a las cosas que abandoné, a la tierra de donde salí<sup>114</sup>, a mi familia terrena y a la casa de mi padre<sup>115</sup>. Abandono la tierra verdadera en la que hace tiempo olvidé cuál era mi verdadera patria, y los familiares, que más tarde comencé a conocer eran los propios parientes de mi alma, y la casa de nuestro verdadero padre, en la que permanece el padre y es honrado y magníficamente venerado por los verdaderos hijos que desean permanecer en ella. Pero yo, irreverente e indigno, me alejo de todo eso, volviendo a lo primero, desandando lo andado<sup>116</sup>.

190. Se dice que cierto hijo<sup>117</sup>, recibiendo la parte de herencia que le correspondía junto con otro hermano suyo, se marchó voluntariamente lejos de su padre hacia un lugar remoto. Mas viviendo disolutamente, dilapidó y gastó su propia herencia: finalmente, a causa de su miseria, se asalarió como porquerizo, y, obligado por el hambre, deseaba compartir la comida de los cerdos, y ni eso consiguió. Así pagó su vida de crápula, cambiando la regia comida de la casa de su padre por los alimentos, nunca previstos, de los criados y de los cerdos. 191. Tengo la impresión de que eso mismo padeceremos al marcharnos sin llevar además toda la herencia que nos corresponde, pues no cogemos lo que debiéramos, sino que nos vamos dejando contigo y a tu lado todo lo bueno y querido,

y lo cambiamos por algo peor. 192. Nos esperan toda clase de tristezas: alboroto y confusión, en vez de paz; vida confusa, en lugar de tranquilidad y orden; ardua esclavitud<sup>118</sup>, en vez de esta libertad: arengas, pleitos, muchedumbres y molicie. 193. Ya no tendremos ocio que dedicar a las cosas superiores, ni referiremos las revelaciones divinas, sino que hablaremos de los trabajos de los hombres (cosa, en efecto, que el profeta<sup>119</sup> tiene sencillamente como maldición); además, nosotros hablaremos incluso de hombres perversos. 194. Cambiaremos la noche por el día<sup>120</sup>; la tiniebla por la luz brillante; el luto por la fiesta<sup>121</sup>; y una tierra<sup>122</sup> hostil en vez de una patria, en la que no me será lícito entonar un cántico sagrado<sup>123</sup> (¿cómo, permaneciendo en tierra extraña para mi alma, es posible allí estar unido a Dios?). Únicamente me quedará llorar y gemir, si es que se me concede, al acordarme allí de estas cosas.

195. Se cuenta que una vez ciertos enemigos<sup>124</sup> invadieron una sagrada y gran ciudad en la que se adoraba a la divinidad, y se llevaron cautivos a los habitantes, a los cantores y a los teólogos<sup>125</sup>, a su propia tierra, que era Babilonia: y cautivos allí, ni aun siendo suplicados por sus dominadores quisieron cantar a Dios, ni entonar himnos en tierra extranjera: sino que colgaron sus instru-

mentos musicales sobre los sauces y lloraron junto a los ríos de Babilonia<sup>126</sup>. **196.** Me parece que yo mismo soy uno de aquellos, desterrado de ésta mi patria y ciudad sagrada; donde día y noche se anuncian las leyes sagradas, himnos, cánticos y discursos místicos; donde hay una luz radiante y continua<sup>127</sup>; y donde de día tratábamos los misterios divinos, y por la noche reteníamos en la imaginación lo que el alma observaba y hacía durante el día<sup>128</sup>; donde, en una palabra, la inspiración era totalmente constante. **197.** Soy arrojado de esta ciudad y llevado cautivo a tierra extranjera, donde no me estará permitido tocar la flauta, pues colgaré mi instrumento, como aquéllos, de los sauces; y estaré entre los ríos<sup>129</sup>, trabajaré el barro<sup>130</sup>, y no desearé, aunque los recuerde, cantar himnos; y tal vez abatido por el duro trabajo, me olvide de cantar, privado de recuerdos. **198.** Pero como yo me marchó no de forma involuntaria, como un prisionero, sino libremente, ni arrastrado a la guerra por nadie, sino por mí mismo, siendo posible el quedarme, **199.** sin duda, al partir de aquí, no caminaré con seguridad, como quien sale de una ciudad segura y pacífica. Lo natural será que, al caminar, me encuentre con ladrones<sup>131</sup> y sea apresado, despojado y vulnerado con muchas heridas, y quede, abandonado y maltrecho, tendido medio muerto.

## 17. *La confianza futura en la ayuda de Dios*

200. Pero, ¿por qué lamentarme de eso? Existe el Salvador de todos, médico de los moribundos, de todos los afligidos y saqueados: el Verbo, custodio vigilante<sup>132</sup> de todos los hombres. 201. Tenemos también las semillas, tanto las que tú nos manifestaste que ya teníamos, como las que hemos recibido de ti<sup>133</sup>: tus hermosos consejos. Con ellos marchamos, llorando como quienes parten de viaje, pero llevando esas semillas con nosotros<sup>134</sup>. ¡Ojalá, pues, nos salve el vigilante custodio! 202. ¡Ojalá volvamos de nuevo a ti trayendo las gavillas y los frutos de las semillas!<sup>135</sup>. Si no, en verdad, perfectas (¿cómo sería posible?), sí, al menos, como nos sea posible sacar de los trabajos en la vida civil, corrompidos, efectivamente por cierta fuerza estéril o de mal fruto; pero, si Dios quiere, sin añadir corrupción por parte nuestra.

## 18. *Fin del discurso*

203. Aquí voy a poner fin a mis palabras, que han sido harto audaces ante quien menos debieran<sup>136</sup>. Pero, yo creo que han servido para dar reconocidamente las gracias en la medida de nuestras posibilidades; y aunque nada digno hayamos dicho, sin embargo, tampoco nos

hemos callado por completo. Además, también he llorado, como hacen los que se separan de los amigos; cosa pueril, pero pienso que no tengan nada adulatorio, ni obsoleto o inútil. Lo que realmente sé es que nada tienen de fingidas, sino totalmente verdaderas: dichas con recta intención y con propósito sincero y claro como el sol.

19. *Último ruego: la confianza de volver a estar juntos*

204. Mas tú, querida cabeza, levántate y, después de rezar, despídenos. Ya que tú has salvado a los aquí presentes con tus sagradas enseñanzas, salva también con tus oraciones, a los que emigramos<sup>137</sup>. 205. Ponnos en tus manos y encomiéndanos. Pero, sobre todo, métenos en las manos de Dios, que nos trajo hasta ti. Dale gracias por todo lo que nos ha acontecido. Pídele que nos lleve de la mano en el futuro; que siempre nos guarde; que haga entender a nuestra inteligencia sus mandatos; que nos inspire su divino temor, pues será nuestro mejor pedagogo, porque, una vez alejados de ti, no le escucharemos con la misma libertad. 206. Pídele que recibamos también algún consuelo por esta separación tuya; que envíe un buen guía, el ángel compañero de viaje<sup>138</sup>. 207. Y suplícale que nos haga volver, conduciéndonos de nuevo a tu lado. Ése será únicamente nuestro mejor consuelo.